

Poesía completa



Mariluz Escribano. Fotografía de su hijo, Juanma Marín Escribano.

Sonetos del alba

I

*A Manuel Ángeles Ortiz*¹

Mientras llueve en París, duerme Granada
y la brisa y la tarde van heridas,
Manolo de los Ángeles no olvidas
la torre en el estanque reclinada.

Luces de sol en hora ensangrentada,
antífona de tardes ya perdidas,
se reflejan sin fin, estremecidas,
en ánfora de pájaro azulada.

Adelanta la mano y los pinceles,
trabaja sobre el lienzo y la madera
adivinando luces y alminares

¹ Manuel Ángeles Ortiz (Jaén, 1895-París, 1984) fue un pintor, ilustrador y escenógrafo de origen jiennense pero afincado en Granada desde su infancia. Vinculado a la generación del 27 como amigo de Federico García Lorca (pertenecía a la tertulia de El Rinconcillo) y Rafael Alberti, fue el autor del cartel del Concurso del Cante Jondo, de algunas portadas de la revista *Gallo* y participó también en la aventura teatral que implicó La Barraca. Tras la Guerra Civil se exilió a París donde residió, si bien hacía frecuentes visitas a Granada en los últimos años de su vida. El soneto responde a una visita, acompañado de la poeta, al alhambrenño Patio de los Arrayanes a mediados de los años setenta, fecha en que se compuso el poema.

porque llueve en París² y acaso vuelés
llevándote cipreses por bandera,
trocando en Albaicín los bulevares³.

II

Duérmete ya que está la luz cayendo
y va la brisa traspasada, herida,
cuando es noche y azul tan sin medida
que el alba puede que se esté muriendo⁴.

Que el alba puede que se esté muriendo,
silenciados los pájaros y huida⁵
la blanca nube súbita y dormida,
la herida flor que ayer iba creciendo.

² Se vincula este verso a la «Canción de París» de *Canciones de la tarde*, publicadas cuatro años después, donde se pregunta: «¿También llueve en París? Acaso llueve. / Aquel perfume a bulevar desnudo / transita por Granada. / (París es una historia de hace tiempo, / un sueño recordado en la mañana)».

³ A pesar de residir en París, añoraba mucho Granada (de hecho tenía una casa alquilada para sus visitas) y dedicó series de óleos, grabados o dibujos obsesivamente a revelar los matices de lugares que le marcaron vital y creativamente desde sus planteamientos artísticos cubistas; en concreto una de esas etapas, desarrollada durante más de quince años, se centra en las interpretaciones de la geometría del granadino barrio del Albaicín (Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO) que es a la que se alude en el poema.

⁴ La repetición del último verso del primer cuarteto en el primero del segundo pretende hacer énfasis en la metáfora que supone para ella la muerte del alba que, para Escribano, implica inaugurar una vida nueva cada día en contraposición con el atardecer o la noche. A propósito del alba en la poesía de Mariluz Escribano, vid. Manuel Gahete Jurado, «El tema del alba en la poesía de Mariluz Escribano», *Álabe. Investigaciones sobre Lectura*, 2022, online; disponible en <www.revistaalabe.com>.

⁵ La razón de la diéresis es romper el diptongo para no alterar la música versal.

Que la noche está aquí y es infinito
este vivir sin vernos la esperanza
de alzar mañana el amoroso rito.

Duerme y sosiega en el lugar que habito,
hogar del tiempo en el que se remansa
esa dulce amistad que necesito.

III

Paloma blanca⁶ de tan alto vuelo,
huésped fugaz del aire estremecido,
enamorada ave en atrevido
requiebro al viento del rendido cielo.

Cruzas el aire sin tener consuelo
en vuelo pertinaz y desvalido,
y llevas alto el corazón herido,
paloma blanca de tan alto vuelo.

¿A dónde el palomar, en dónde el nido?
Agónico volar de rama en rama⁷
persiguiendo al amor desvanecido.

Y llevas alto el corazón herido,
paloma blanca de tan alto vuelo,
turbios los ojos y el candor vencido.

⁶ La paloma funciona como símbolo de la inocencia y la pureza.

⁷ Existe una clara conexión con la «Canción primera» y «Canción de septiembre» de *Canciones de la tarde*; la «Canción primera» termina con estos versos: «Agónico el vivir para el olvido, / para el instante y no para la historia, / volver el rostro y solo ver la gloria / de morir en el mar inútilmente». «Canción de septiembre» dice así: «Qué agónico jardín para el recuerdo, / bordado en la madera de la tarde». Al final se repite la misma idea con diferentes imágenes.

IV

*A Isabel Roldán García*⁸

Alta frente ya en piedra convertida⁹
Isabel de la albahaca y yerbabuena,
quebrada voz de sombra y azucena,
tarde a tarde cantando estremecida.

Voz tan clara, de luz amanecida,
entre las flores de tu patio suena¹⁰,

⁸ Isabel Roldán García era prima hermana de Federico García Lorca, hija de la hermana menor de su padre, Isabel García Rodríguez. Isabel García Rodríguez se ocupó de cuidar a sus sobrinos y fue ella —que tenía la habilidad de la familia García para la música— la que enseñó al poeta a tocar la guitarra y también las letras de canciones populares, coplas o habaneras. Igual tarea desarrolló con su hija Isabel y con Mariluz Escribano varias décadas más tarde. Casada con el escultor Eduardo Carretero, Isabel Roldán era artista plástica —dedicada especialmente al mosaico de teselas de piedra—; el matrimonio residía en Chinchón, pero mantuvo un vínculo permanente con Granada, adonde retornaban con frecuencia de visita. Su amistad con Mariluz Escribano era casi una hermandad: de hecho, hasta veraneaban en casas cercanas en Fuengirola; Isabel Roldán falleció el 31 de marzo de 1985 después de una larga enfermedad, lo que nos permite ubicar la escritura de este soneto tras el verano de ese año atendiendo también a lo que nos explicó la poeta.

⁹ Hace referencia a la lápida de piedra cincelada para su tumba por su marido, el escultor Carretero.

¹⁰ Las flores del patio, la tarde, las macetas, la hierbabuena y la albahaca están también, desde otra perspectiva, en el poema de Antonio Machado, «El limonero lánguido suspende» en el que encontramos estos versos, precisamente ambientados en el mes de marzo, que es cuando muere Isabel Roldán: «Es una tarde clara, / casi de primavera; / tibia tarde de marzo, / que al hálito de abril cercano lleva; / y estoy solo, en el patio silencioso, / [...] / tarde sin flores, cuando me traías / el buen perfume de la hierbabuena, / y de la buena albahaca, / que tenía mi madre en sus macetas».

y desmaya una guitarra la serena
nota de amor que casi nunca va de huída¹¹.

Yo no olvido esta noche, vivamente,
tu campesina gracia y tu figura¹²
de inagotable alondra adolescente.

Y ese mirar, pausado y sonriente,
sobre la piedra azul¹³ de la ternura,
que tu mano trabaja eternamente.

V

Hoy yo debo decirte: estoy cansada
y el otoño me viene por la rima
dorado en su color y me lastima
doliéndome su luz extenuada.

Lejos tengo la paz de tu mirada,
mi sombra que en tu sombra se ilumina.
Déjame, sueño, que a mi sueño imprima
el afilado grito de tu espada.

Déjame, amor, dormir sobre tu pecho,
que viene ya la aurora enardecida
denunciando la nieve del invierno.

Suspéndese en el aire olor a helecho,
a crisantemo, a rosa desvaída,
a escarchado ciprés, hermoso y tierno¹⁴.

¹¹ En relación a «huída», véase la nota 5.

¹² La gracia campesina que también había heredado su primo Federico con quien dicen que tenía un parecido notable.

¹³ Referencia a su actividad como autora de mosaicos de delicados colores.

¹⁴ El último terceto es una alegoría de la muerte con sus alusiones a «crisantemo» y «ciprés tierno».

VI

¿A quién doy mi corazón cansado,
doliente, en soledad y estremecido?¹⁵
Lo doy por nada, porque va vencido¹⁶
y, aun vencido, lo siento enamorado.

En tan largo silencio, desvelado,
acumula tristezas y va herido:
pájaro bajo el alba perseguido
que vuela hacia una nube esperanzado.

Mayor la pena si más alto el vuelo¹⁷,
afanoso de alzarse a la alegría
de alguna luz que le quebrante el duelo.

Y pues que está muriendo en desconsuelo,
cegado por la sombra de la umbría,
huído¹⁸ va, bajo el azul del cielo.

¹⁵ Se intuye la lectura del soneto lorquiano «El poeta dice la verdad» perteneciente a los *Sonetos del amor oscuro*. La «carne estremecida» de Federico se convierte aquí en «corazón estremecido».

¹⁶ Percíbese el vínculo argumental con el segundo cuarteto del soneto XXX de Garcilaso de la Vega: «ya se acabó la resistencia mía / y la fuerza del alma; ya *rendido / vencer* de vos me dejó, arrepentido / de haberos contrastado en tal porfía» (la cursiva es nuestra).

¹⁷ Recuérdese el soneto III, «Paloma blanca de tan alto vuelo», con el que enlaza. Aquella paloma anterior es ahora el corazón de la enamorada.

¹⁸ Véase nota 5.

VII¹⁹

Oscuro es el dolor, oscuro el llanto,
oscuro el no tenerte por el viento,
oscura madrugada cuando siento²⁰
que al alba sin tu abrazo me levanto.

Que no tengo mañana sin quebranto
al no poder decirte lo que intento,
lo que me llora aquí en el pensamiento,
lo que me callo a golpes en mi canto.

Llevo la voz herida sin tenerte,
indecisa la mano en las labores,
el corazón latiéndome en desvelo.

Y alcanzo la primera luz sin verte,
me embarco en mediodía de dolores,
de noche me corona el desconsuelo.

VIII

Si te me mueres, di, cómo nombrarte,
cómo abrigarme solo con tu ausencia,
adónde encaminar esta existencia
que vive solamente para amarte.

¹⁹ Soneto amoroso en el que la amante expresa lo angustiada que le resulta la ausencia del amado. Se percibe la influencia lorquiana de los *Sonetos del amor oscuro*, singularmente en el ritmo.

²⁰ Obsérvese la reiteración «oscuro/oscura» para enfatizar la idea. Todo es oscuro a pesar de que amanezca (al alba) si no está el amado.

Si te me mueres, di, cómo dejarte,
desnudo de la luz sin mi presencia,
cómo pedirle al corazón paciencia
mientras llega el momento de encontrarte.

Llévame de tu mano si decides
alzarte en vuelo y descansar inerte
en un lugar al sol sobre la cumbre²¹,

que no podré negarme si me pides
convertirme en tu sombra por la muerte,
que así será menor mi pesadumbre.

IX²²

Tuya es mi voz y el hueco de mi mano,
mi cálida sonrisa intrascendente,
los suspiros que van, sencillamente,
de mi aliento a tu aliento tan lejano.

²¹ Denota su lectura de la *Égloga I* de Garcilaso de la Vega, en concreto de cuando Salicio, abandonado por Galatea, se lamenta: «Estoy muriendo, y aun la vida temo; / témola con razón, pues tú me dejas, / que no hay sin ti el vivir para qué sea. / [...] / El sol tiende los rayos de su lumbre / por montes y por valles, despertando / las aves y animales y la gente: / cuál por el aire claro va volando, / cuál por el verde valle o alta cumbre / paciendo va segura y libremente, / cuál con el sol presente / va de nuevo al oficio / y al usado ejercicio / do su natura o menester l'inclina; / siempre está en llanto esta ánima mezquina, / cuando la sombra el mundo va cubriendo / o la luz se avecina. / Salid sin duelo, lágrimas, corriendo».

²² Jaime Siles lo analiza así: «es un soneto clásico de amor, escrito en un lenguaje humilde y llano —según la teoría de los tres estilos— que nos dice tanto sobre el tema que trata como sobre la persona que lo compuso y lo escribió. Llama la atención en él el tono comedido y mesurado que, sin ocultar la pasión, la encauza, haciendo tanto al destinatario

Nada vive en mi sangre tan cercano
como tu corazón. Serenamente
creces en mí, y en mí como simiente²³
te guardaré mañana. Y será en vano

que la tarde me llame a la tristeza²⁴,
con sus dorados tonos otoñales
porque te tengo a ti por centinela.

Y es tanta la ternura y la tibieza
que derraman tu gesto y tus modales,
que tu sola existencia me consuela.

X²⁵

Corazón, centinela de mis horas,
al pie de mis amores amoroso,
bandera de la sangre en que reposo
dolores y tristezas que aminoras.

como al lector copartícipe de su río interior [...] en este soneto en apariencia sencillo —pero no *intrascendente*— nos trasmite su visión y vivencia del amor, la machadiana heterogeneidad de nuestro *yo* y la presencia siempre necesaria del otro: del lo otro, sin lo que no tiene esencia ni existencia nuestro yo. En una escritura carente de innecesarios alardes y sin despliegue de virtuosismos ni exhibición de excesivos recursos técnicos, este soneto nos deslumbra precisamente por su extrema, pura, compleja y elegante sencillez» (Siles, 2021, 53-54).

²³ La amada se identifica con la tierra en la que ha germinado la semilla de un amor absoluto.

²⁴ Esta personificación de la tarde = tristeza se contrapone al alba como momento de esperanzada posibilidad de encuentro entre los amantes a lo largo de la jornada.

²⁵ Desde el punto de vista léxico, encontramos reminiscencias garcilasianas: «amoroso», «rumoroso», «clamoroso». A ello se unen las alusiones a laurel y fuente, tan relevantes para el maestro del soneto.

Si te busco te encuentro en las auroras,
en el viento de tarde rumoroso,
o en lo oscuro que enciende el clamoroso
afán de hallarte cuando te demoras.

Vamos a caminar entre laureles
de jardines antiguos y añorantes,
con agua en surtidores por las fuentes

mientras las golondrinas siguen fieles
despeinando los vientos navegantes
que acarician besándonos las frentes.

XI²⁶

Te amaré desde el mar y en las arenas
de los amplios espacios litorales,
escribiré tu nombre en los corales
penetrada de ti²⁷. Y las serenas

soledades del mar estarán llenas
de tu voz que recuerda los metales
y de tu hermoso pecho en el que instales
el tibio corazón que me encadena.

Deslizaré mi nombre por la brisa
que levanta la hora vespertina
para que me recuerdes, tan lejano,

²⁶ A propósito del soneto IX, García Linares observa «El mar es el viento y es la brisa porque son estos los que llevan y traen los nombres, es decir, los que ayudan a recordar» (García Linares, 2020, 175).

²⁷ Se trata de un soneto de corte erótico conectado con la memoria, uno de los pocos poemas de Mariluz Escribano de este perfil.

y anudes tu sonrisa a mi sonrisa,
a través de los aires marineros,
para que yo te piense más cercano.

XII

Se conduele mi voz, se siente herida,
sola de amores, triste en soledades.
Si te busco en el viento te me evades.
Te adivino en el agua y, presentida,

tu figura en la lluvia va perdida
oscureciendo en mí las claridades.
Vuélvase de tu amor las suavidades
al horizonte en niebla de mi vida,

para que yo me sienta renovada
y en ternuras el alma derramada.
Así mis manos quedarán serenas

por saberme de nuevo en ti sembrada²⁸.
Y alerta, vigilante y desvelada,
tendré mis horas de tus horas llenas.

²⁸ Nuevamente se percibe la lectura interpretativa de Garcilaso; en este caso, de la *Égloga I*, parlamento de Nemoroso: «¿Quién me dijera, Elisa, vida mía, / cuando en aqueste valle al fresco viento / andábamos cogiendo tiernas flores, / que había de ver con largo apartamiento / venir el *triste y solitario* día / que diese amargo *fin a mis amores*? / El cielo en mis dolores / cargó la mano tanto, / que a sempiterno llanto / y a *triste soledad* me ha condenado; / y lo que siento más es verme atado / a la pesada vida y enojosa, / solo, desamparado, / ciego, sin lumbre, en cárcel tenebrosa» (la cursiva es nuestra). Como en este caso, a diferencia de Nemoroso (que ha perdido a su amada Elisa), su enamorado no ha muerto, se identifica a la amada, si se diera la posibilidad del anhelado reencuentro, con tierra sembrada y propicia a dar fruto.

XIII

Rama de almendro altiva, interrogante²⁹,
sumergida en mis aires y en tu viento,
te recuerdo en el alba y te presiento
raíz profunda, atenta y vigilante.

Blanca paloma, eterna navegante
de tardes infinitas. Pensamiento
que busca su reposo en tu aposento
antes de que la noche se levante.

En ti me voy quedando cada día,
en olores o vuelos quebrantados
por las altas colinas transparentes.

En ti me reconozco en armonía
—dolores y tristezas olvidados—
en tus manos hermosas y pacientes.

XIV

Se adorna de tristeza el alto monte³⁰.
Sobre verde y morado las palomas
se quedan recostadas en las lomas
estampando de blanco el horizonte.

²⁹ La amante siempre se identifica con elementos de la naturaleza vegetal (rama de almendro), o bien con una paloma blanca (símbolo del alma pura, véase Cirlot, 1992, 353) y esa naturaleza es el escenario de los encuentros amorosos ambicionados.

³⁰ Nuevamente se percibe la construcción de las imágenes axiales del soneto a raíz de la inspiración tras la lectura de la *Égloga I* garcilasiana.

Deja el aire que el humo se remonte
con rumores y esquilas. Los aromas
de tierras y lentiscos son redomas
en las que se alimenta el sotomonte.

Allá abajo se duerme la neblina
rosado mar sobre los valles fríos,
última luz del sol que ya declina.

Y la noche, callando, se avecina
enarbolando, negras, en los ríos
las erizadas ramas de la encina.

XV

Piel sobre piel está el amor naciendo,
como trigo sembrado³¹ que inaugura
en otoño los campos y madura,
hermoso y candeal, oros luciendo.

Bajo tu sombra, amor, estoy creciendo
con la lluvia en que alienta tu ternura
y que me deja, limpias de amargura,
las horas que contigo estoy viviendo.

Yo no sé lo que tiene de divino
este sentirte pleno de tibieza.
Cuando a mi soledad vienes vencido

y tus manos encuentran el camino
de abrirme el corazón a la belleza
tengo que reposarlo en ti, rendido.

³¹ Retorna a identificar el amor y lo que implica el acto amoroso con la tierra fértil, en este caso comparándolo con trigo sembrado.

XVI³²

Qué dorada de sol y que serena
está la tarde. Junto a tu estatura
se dibuja el paisaje y de dulzura
sostengo, amante amor, el alma llena.

Ya no hay más certidumbre que esta plena
sensación de tu abrazo en mi cintura,
y de tu corazón la fiel premura
de posarse en la piel que lo serena.

Tengo en tus manos, al olvido ajenas,
flores de primavera engalanada
que tejen del amor dulces cadenas.

Y el placer de tu voz en donde sueñas,
seguridad de amando ser amada,
que corre en certidumbres por mis venas.

XVII³³

Desmayo de la tarde hacia el poniente,
paso a paso la sombra descendiendo,
quebrada ya la brisa, oscureciendo,
cipreses en el agua de la fuente.

³² Soneto centrado en la plenitud que otorga el amor en un paisaje natural, como es habitual en M. L. Escribano; *vid.*, para ampliar, Campos Fernández-Fígares, M. y Quiles Cabrera, M. C., 2020, 188-195.

³³ Luis Alberto de Cuenca opina que «la naturaleza como elemento objetivo establece una serie de vínculos con la psicología de la autora (elemento subjetivo), convirtiendo el crepúsculo evocado en el poema en una metáfora de las sensaciones y pensamientos que jalonan su ruta por la vida» (De Cuenca, 2021, 56).

Un temblor de hierba que se siente
herida soledad, siempre sufriendo
sin flor ni aroma, apenas si creciendo
socorrida de amor por la corriente.

Pequeña alondra que en el chopo canta
acunando la tibieza sobre el trigo
ajena a la alegría que levanta.

Del monte anohecido se adelanta
este olor a mastranzo que persigo
para verde collar de mi garganta.

XVIII

Hay un cantar de alondras por el viento
en la mansa quietud de la mañana³⁴,
y un repique lejano de campana
en la alta claridad con que te siento.

Porque eriges en mí tu pensamiento,
tu ternura me borda en filigrana,
y hay un desmayo leve que engalana
esta entrega total en que consiento.

Dulces horas amantes compartidas,
cuando todo es silencio por la tarde,
última luz de ocaso ya cumplida.

Vela la plenitud de nuestras vidas
la noche sideral en la que arde
una estrella fugaz y estremecida.

³⁴ Dialoga indirectamente con el poema «Mañana de primavera» de Juan Ramón Jiménez, recogido en *Baladas de primavera*.

XIX³⁵

Azul, azul, volcada en los cristales
de cielo y mar sobre esta tierra dura,
me duermo refrescada en la dulzura
de la amarilla luz de los trigales.

Roja de sol y rosa de rosales,
rosada nieve blanca por la altura
en el verde del junco se madura
mi voz que canta sobre los mimbrales.

Viene la negra noche galopando
a pintarme de negro la tristeza,
de gris los ventanales golpeando.

Y hay una luz violeta de tibieza
por donde sale en júbilo apuntando
anaranjado sol en la maleza.

XX

Alga de mar o acaso caracola,
verdinegra o rosada, yo he vivido,
corazón que se siente presentido,
niña crecida en las arenas sola.

Y he pasado los vientos de la ola,
ardiente brisa, afán incontenido,

³⁵ Nótese en este soneto la trascendencia que se da a los colores inmersos en el territorio de lo vegetal.

buscando en tu calor el escondido
lugar de mi reposo. Y ya me asola

—tristeza y alegría— la existencia,
amando, siendo y viéndome colmada,
la posibilidad remota de tu ausencia.

Dame la mano porque estoy cansada
y requiero tu voz y tu presencia
para alcanzar la paz tan deseada.

XXI

Sola del cielo, amor, y abandonada
de sol a sol, tendida en el camino,
ocazos pasan sobre mi destino
sin que alcance la luz de la alborada.

Tu cuerpo, como un viento y una espada,
—lluvia de tarde donde me adivino—
briza mi voz para volver cansino
al olvido del tiempo. Y ya la nada

se instala en el paisaje, donde ausencia,
con muerte y con dolor, se ve colmada
para romperme a golpes la existencia.

Deja al rocío de tu madrugada
derramar en mi pecho su presencia
para gozar de él enajenada.